

Los placeres del dolor

Palou García, Pedro Ángel

1994

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5417>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LÍNEAS IMAGINARIAS

LOS PLACERES DEL DOLOR

PEDRO ÁNGEL PALOU*

Leí en un libro, hace ya mucho tiempo, que uno tenía que recoger en la calle cualquier cosa que le pareciera interesante: una piedra con una forma caprichosa, un pedazo de metal que asemeja un cangrejo, una madera con forma de montaña e, incluso, un hilito color amarillo. Lo del hilito viene a cuento, ya sabrán ustedes porqué y lo del color amarillo es fácil: hasta un tonto sabe que es el color de la suerte.

Tengo ya una colección de todas estas piezas raras en casa. Son como desechos involuntarios de la ciudad, despojos solitarios del tiempo. Son como yo.

Suman doce las cajas de cartón repletas de recuerdos como éstos.

Una caminata puede representar una cosecha de diez, doce pedacitos de existencia, objetos que el azar pone frente a mis ojos curiosos y vivos.

Ahora viene lo del hilito. Era amarillo, ya lo dije. Delgado y suave, eso es nuevo ¿no? Nunca reparé en él, fue a dar como tantos otros a una caja y se perdió en su propia anónima fugacidad. Pero la otra noche, en aquel bar, esa mujer. Es un poco vago aún como la enunciación, pero es. La vi. Era hermosa y yo, con mi amor a las frases célebres, me dije que el destino nos había puesto frente a frente. Primero el hilito amarillo sin importancia y ahora ella, con esa chaqueta color mostaza a la que le faltaba un botón —sin mucha sagacidad puede terminarse la analogía: mi hilo era suyo, alguna vez había servido para unir un botón faltante de su chaqueta.

¿Por qué la soledad despreocupada de un bar hace más fáciles los encuentros? En otro lugar no me hubiera atrevido a hablarle, mi timidez me habría impedido hilvanar —otra vez el hilo, demonios— una frase completa. Pero en el bar la oscuridad, la intimidad (siempre es oscura la intimidad) y las notas desafinadas de un piano interpretando *Bajo las olas*, todo eso hizo más sencillas las cosas.

* Escritor; Profesor de la UIA-Golfo Centro y de la UDLA-Puebla

Pedimos unas copas (creo que ella brandy y yo un vodka, ¿sirve de algo?) y empezaron a salirnos de la boca las historias, los recuerdos, las respectivas y deslavadas vidas. Ella no era de la ciudad, lo que se le notaba en el acento y en el arrojo, pero estudiaba en la Universidad, no puedo precisar ahora qué carrera y lo mismo da física cuántica que hotelería.

Había tenido un novio —¿por qué todas las mujeres que conozco me hablan de sus novios?— y estaba en ese bar mitigando su sufrimiento. Es horrible separarse de alguien que amas, creo me dijo en algún momento de nuestra única noche. Luego conté yo —como ni ahora ni en ese entonces ha sido muy interesante mi vida prefiero ahorrármela, ¿no? Sólo diré que ella se sintió muy conmovida con mi historia y terminó por mecarme el pelo como a un chiquillo —¿por qué todas las mujeres que conozco tendrán que tratarme como a un niño?

En fin, era previsible que ambos nos deslizáramos en el otro. El que ama no se ve en el otro como en un espejo, eso es mentira. El que ama desea al otro porque *otro* lo ha deseado antes y se miente que es él el que deviene nuevo en esa relación. ¡Qué estupidez!, el que ama se *hunde* literalmente en el otro, le desgarras, le hiere, le sacrifica. Pero la ilusión de amar a otro es necesaria y esa noche más bien fueron nuestros cuerpos los que hablaron. Del bar nos trasladamos a casa y la caminata —el departamento estaba cerca— estuvo llena de besos y caricias. Manos juntándose y apartándose, labios humedeciendo labios, una cintura: lluvia, mucha lluvia. Ella era hermosa —ya lo dije— y mojada se veía mágica, radiante.

Terminamos pronto. Dos amantes que se conocen de repente son, por lo general, torpes. Como nos hundimos en el otro era una carrera frenética donde no importaba llegar nunca. Y el placer, si es que lo hubo, duró poco. Cuando ella se despidió esa mañana —¿por qué todas las mujeres que conozco me besarán despidiéndose una mañana?— me sentí mal.

Ella se fue y hoy, incluso, no recuerdo su nombre. Pero no importaba, no era que nos necesitáramos realmente, fue que caímos en brazos del otro para salvarnos, pero no hay redención posible. No salí a la calle por varios días. No soy insensible y la presencia de esa mujer me había dejado ciertamente confundido.

Pero un día me encontré curado —¿será posible ver al amor como una enfermedad?, y volví a mis caminatas, a mis encuentros con cosas tiradas, a la cotidianidad irremisible. Llegué a veinte o treinta cajas de recuerdos recogidos en esos viajes hacia mi desnudo interior.

Hoy, por cierto, me encontré un hilito azul. Es suave y delgado. El color es importante: hasta un tonto sabe que el azul es el color de la esperanza.